

Pero ya es hora, al ir a cerrar la primera parte de estas notas sobre mi vida, de volver al punto de mi primera juventud en que revalidé el bachillerato, es decir, hacia la época de los diecisiete años. El mencionado bachillerato — cuyo imponente diploma obra en mi poder— no fué mi única iniciación en las cosas de la vida, si me es lícito expresarme así. Ya la hembra me obsedía, o, mejor dicho, obsedía y tentaba mis sueños, Pero ¡esa es la cosa! ¿Cómo arreglárselas para obsederla a ella, cuando no para tentarla? Mas el tozudo que yo era ya, aunque sin más voluntad, después de todo, que hoy — por lo menos tal hay quien piensa—, concluyó al fin y al cabo por procurarse la cantidad poco considerable y los datos necesarios para una “orgía en la torre”.. Ni que decir tiene que por “orgía en la torre” entiendo yo el acceso a esas

casas que, según parece, tienden a desaparecer, y a las que, si yo fuese todavía un chico vivaracho y no me hubiese convertido en un señor machucho, iría aún, pues hasta ese punto me han hecho escéptico las mujeres honradas (?) sobre este particular del sexo encantador... La moneda de diez francos indispensable para mi propósito distrájela yo de la modesta mensualidad que me pasaban mis padres para mis gastitos. Con un embuste que le echaría a mi madre recuperaría doble y triple esa cantidad destinada a mis "pasiones" y sacada de ese presupuesto de un estudiante que ya se iba maleando.

El informe referente al establecimiento recomendable, diómelo un compañero que me llevaba un año, un tal F., que concluyó por ser, según mis últimas noticias, "clarinete" en el teatro des Folies-Marigny.

Cuanto al de mis primeras armas... en la galantería, encontrábase en una casa ya derribada de la calle Orleáns-Saint-Honoré, y desapareció con el derribo. Era una casa de apariencia modesta, con las persianas castamente cerradas, que no tenía de enfático más que el número. Por la noche, al filo de un corredor mal alumbrado, alguna señora muy descotada bajo su "manteleta", dirigía al transeúnte ardientes, aunque discretas llamadas, a una de las cuales

cedí yo cierto sábado por la noche, del mes de mayo, en que había obtenido un "exeat" excepcional para las costumbres del internado, que consistían en no conceder más salidas que la del domingo después de la misa.

Pasáronme a un salón rojo y oro, que parecía más bien un café provinciano, sólo que en lugar de banquitos y mesas había poufs y canapés, donde unas hembras regularmente jóvenes, esperaban, gordas y pacientes, el homenaje de la parroquia. El humo de los cigarrillos de aquellas señoras y de los cigarros de algunos caballeros que se rezagaban allí, sin duda con vistas a atenciones y precauciones conyugales, creaba una densa atmósfera, por entre la cual vislumbraba yo, sin embargo, una beldad con bata rosa, que me pareció conveniente y potable aunque probablemente no sería ni lo uno ni lo otro. Pero hallábame yo en la edad de las ilusiones...

La elegida de mis sentidos me hizo subir una escalera forrada de sordas alfombras, y llegamos a un cuarto todo lleno de encajes falsos encima de todos los muebles y con las paredes cubiertas por litografías voluptuosas y poco artísticas.

De la noche que siguió, ¿qué decir sino nada en absoluto? Hasta caigo ahora en la cuenta de que he escrito demasiado sobre el asunto. Porque ¿qué le importa al lector el que yo fuera o

no dichoso en aquella aventura? Lo cierto es que al día siguiente volví a casa con cara que a mis padres se les antojó de cansancio, y que yo sentía pálida y entrelarga.

Lo que no fué óbice para que después de un descanso de algunos... meses, y como ya había salido definitivamente de la pensión L... y del Liceo Bonaparte, provisto de mi bachillerato y de una primera —que fué la única— matrícula de estudiante de Derecho, volviese a las andadas en circunstancias mucho más agradables o salientes, y empezase a encontrar la “cosa” mejor que en el primer análisis.

Por lo demás continué mis experiencias con una asiduidad que no hizo sino acrecentar mis curiosidades... , no satisfechas todavía a la edad en que hoy me encuentro, de cincuenta años cumplidos.

Sólo me resta darle gracias al lector por la paciencia que tuvo, prestándome hasta aquí —tal presumo a lo menos— una atención que le ruego conserve para cuando reanude estas *confesiones*. Estas nuevas “notas sobre mi vida” serán de un carácter a la vez literario y... social, cada vez más opaco, como referentes a una existencia cada vez menos luminosa, aunque más iluminada ¡ay! de este yo complicado, aun contra mi voluntad de hombre sencillísimo y hasta puede que ingenuo...